

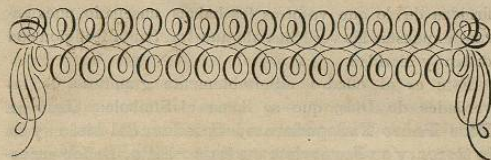
Bx 874
.97
P37



Es propiedad de las Sras. Doña Maria y Doña Jesus de Portugal.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



JUAN CAYETANO PORTUGAL POR LA GRACIA DE DIOS
y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Michoacan, á los fie-
les de mi Santa Iglesia, paz, salud y bendiccion del Señor,

INTRODUCCION.



ERMANOS, ved aquí una explicacion del Símbolo de los Apóstoles. Guardando la forma de las sanas palabras con que las Santas Escrituras, los Padres de la Iglesia, los Concilios y los Doctores católicos nos dan la celestial doctrina, así os la presento en esta Pastoral para instruccion de vuestros hijitos. Leyéndola conocerán mas y mas la seguridad y

00427

firmeza de lo que vosotros les habeis enseñado; pues verán expuestas las verdades de nuestra Santa Religion con orden y claridad.

Este es el cuadro admirablemente grandioso de las verdades de Dios, que se llama el Símbolo: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu Santo. Y nació de Santa María Virgen. Padeó bajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. Descendió á los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos. Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.*

CAPÍTULO I.

QUÉ COSA ES LA FÉ Y QUÉ ENSEÑA.

CREO, es la primera palabra del Símbolo, palabra que tiene una fuerza divina, y quiere decir: me adhiero con fé á todas estas verdades: *UN SOLO DIOS VERDADERO, Y TRES PERSONAS DISTINTAS EN DIOS: el hombre criado en dignidad excelente, y á quien Dios no deja sin castigo ni sin misericordia despues de su prevaricacion: el Hijo de Dios, que baja de los cielos, y se hace partícipe de nuestra humanidad para que nosotros lo seamos de su Divinidad: y que conversa con los hombres, instruyéndolos en los caminos de la salvacion: y que nos dá su propio cuerpo y su propia sangre por comida y por bebida para que morémos en él, y él en nosotros: y que obedece á su Padre hasta la muerte*

y muerte de Cruz para redimirnos: y que como verdadero Dios resucita por su propia virtud: y sube á los cielos, á donde antes estaba, dejando establecida su Iglesia aquí en la tierra para que dure hasta el fin de los siglos, y todas las naciones corran á oír su voz, y á formar un solo rebaño con un solo Pastor: el Padre celestial que no teniendo mas que pedir por precio de nuestra redencion nos abre la entrada en su reino: el Espíritu Santo que es enviado, viene, nos muda en hombres nuevos y nos hace capaces de las cosas del cielo: la segunda venida del Hijo de Dios dejándose ver con los resplandores de su Divinidad: la resurrección de los muertos y el juicio final: y el mismo Hijo de Dios transformando nuestros cuerpos en cuerpos gloriosos como el suyo, para que impasibles é inmortales subamos á las mansiones eternas y tomemos allí lugar con él; á todas estas verdades divinas me adhiero con fé. Esto quiere decir la primera palabra del Símbolo, CREO. Y ¡dichosos los que así podemos decirlo! Aquellos que están abandonados solo á su propia razon é inteligencia, andan en una profunda noche, tropezando á cada paso y cayendo en mil escollos. Quiero decir: nada hay de fijo en sus doctrinas; y sus disputas no tienen fin para venir á parar siempre en el error. Se sienten criados por Dios y no saben las relaciones que hay entre Dios y el hombre. Los arrastra un deseo vehemente de ser felices y no saben á donde encontrar la felicidad. Aspiran á la inmortalidad, y no saben para qué fin han sido criados. Todo es tinieblas para los que no tienen fé. No así en los que tenemos esa virtud de Dios. Ella aleja toda incertidumbre, y nos dá firmeza para que nuestro espíritu no fluctúe, ni se deje llevar de todo viento de doctrina, sino que resista victoriosamente á la malignidad y astucia de los que quieren introducir el error. Esa virtud divina es para nosotros una antorcha que alumbrá nuestros pasos y determina nuestros deberes: es una luz que nos ilumina, y sin ce-

sar nos recuerda á nuestro Criador, y nos impone la necesidad de honrarlo. Es nuestra verdadera y perfecta sabiduría, y un gozo anticipado de los bienes que esperamos, y un testimonio que por estar fundado sobre la *autoridad de Dios* suple por la evidencia. La fé es una luz del cielo que nos manifiesta cuál es la vida del alma, y á donde está la fuente de esa vida. La vida del alma es la justicia, y nuestro Señor Jesucristo es la fuente de la justicia. La fé nos dá á conocer cómo la gracia nos transforma en criaturas nuevas, y nos hace hijos de Dios y de su Iglesia, y herederos de las celestiales esperanzas á las cuales somos llamados, y ciudadanos del reino de la gloria que conquistó para nosotros la Sangre del Redentor. La fé es una luz que Dios derrama en nuestras almas, por la cual creemos firmemente en Dios y todo lo que nos ha revelado. Es una claridad espiritual que Dios infunde en nuestro entendimiento, para que conozcamos las verdades divinas que nos testifica, y estamos ciertos y seguros de ellas. La fé nos descubre nuestro origen, nuestro Autor y nuestro destino, ¹ para el que nuestro Autor nos crió, y el camino por donde debemos ir, y donde están los auxilios sobrenaturales para llegar á ese destino. La fé es una luz de orden superior que suple en los mas rudos de nosotros la falta de capacidad. Ella nos descubre los secretos de la esencia divina: ella nos dá á conocer á Dios no solo como criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas, sino tambien como Padre de nuestro Señor Jesucristo su único Hijo, que en cuanto Dios salió del Padre por una generacion eterna ²; ella nos hace conocer á nuestro Señor Jesucristo Dios y hombre, y Salvador del mundo y todo lo que pertenece á sus dos naturalezas, la de Dios y la del hombre, y la economía admirable de nuestra justifica-

¹ Act. cap. 17, vv. 26 y 27.—² Joann. cap. 15, v. 30.

cion y salvacion, y todos sus Misterios, principalmente la virtud de su Redencion, y aquella insigne Omnipotencia del Señor con la que se resucitó á sí mismo, y nos resucitará á nosotros, y el estado glorioso en que se halla despues de resucitado, estado segun el cual hemos de resucitar nosotros con una resurreccion sublime, plena y perfecta, á la que no seguirá nunca la muerte, ni ningun género de males; resurreccion que nos hará conformes á nuestro Señor Jesucristo para que vivamos y reinemos con él eternamente. ¡Sabios pues con la sabiduría del cielo, y dichosos los que tenemos fé!

CAPÍTULO II.

LA FÉ ES RACIONAL.

Oíd mas acerca de esta virtud divina. Su primer carácter es ser racional; no por una razon presuntuosa que intente descubrir lo que es altísimo é incomprensible, sino por una razon que se limita á manifestar los motivos que hay para creer misterios incomprensibles. Una razon tal se remonta hasta su principio sublime que es Dios, para traer de su inefable fuente una luz divina, y hacer ver en el vasto campo de la revelacion una religion tan antigua como el mundo, contemporánea de todas las edades, y descubrir con ella la magestad de sus misterios, y explicar con palabras de sabiduría los oráculos de los Profetas. Una razon tal es la razon divina sustituida á la razon humana, y su objeto es nuestra instruccion y utilidad, librándonos de los peligros de nuestra ignorancia, y del tormento de nuestras vanas indagaciones. Los fundamentos y las pruebas de los dógmas, y los motivos que hay para creerlos aunque no se comprendan, los somete la fé al exámen de esta razon, invoca su testimonio para poner en claro los motivos de

nuestra creencia. *Scrutamini Scripturas... et illa sunt, quae testimonium perhibent de me,*¹ examinad atentamente las escrituras: ellas dan testimonio de mí, decía el Señor á los Judios. *Omnia autem probate; quod bonum est tenete,*² les decía San Pablo. Los derechos naturales de la razon, y los derechos sagrados de la fé, quedan así conciliados. La fé tiene todo su imperio, y la razon todo el campo que le corresponde. Los objetos de nuestra creencia componen el imperio de la fé: los motivos de nuestra creencia hacen el campo de la razon. Escudriñar los objetos de nuestra creencia para recibir ó no lo que de ellos se nos ha revelado, fuera una curiosidad temeraria, porque son muy superiores á nuestra capacidad. La razon que lo intenta no encuentra mas que sombras y obscuridad, y si se obstina en ir por esas sombras, á cada paso tropieza, y cae luego en un abismo, y luego en nuevos y mas profundos abismos. Pero inquirir los motivos que determinan á creer que Dios ha revelado verdades, no solo es permitido, sino muy digno del hombre racional; y en probándose que Dios ha revelado verdades, todo razonamiento debe cesar. Y así es; se prueba que Dios ha hablado y que la revelacion es obra suya, de un modo que no se puede dudar, porque se prueba con pruebas de hecho, pruebas que para ser bien entendidas no piden ni sublimes meditaciones ni una penetracion de espíritu extraordinaria. La evidencia propia de estas pruebas es tal que todo el mundo la percibe. Si los hechos son presentes, bastan los sentidos y las luces mas comunes de la razon para juzgar de ellos: si son pasados una tradicion auténtica, constante, uniforme, los acerca á nosotros, y vemos que ellos son tales que no podian ser una ilusion, y que fundada en su notoriedad la tradicion que los ha trasmitido hasta noso-

1 Joann. cap. 5, v. 39.—2 I Ad Thess. cap. 5, v. 21.

tros, no los podemos negar. No pueden darse principios mas claros y sencillos para juzgar. Juzgando por tales principios vemos que existió Moisés, y que es suyo el libro que se le atribuye, y se llama el Pentatéuco. Esto no se puede poner en duda. Hubó un hombre, que se dijo enviado de Dios, y para probarlo hizo prodigios: ese hombre fué fundador de la nacion judia, todo fué establecido sobre su autoridad, todo recordaba su nombre. La historia, la religion, las fiestas y solemnidades, las leyes para su gobierno, y las costumbres de los judios forman la tradicion auténtica, constante, uniforme que acerca á nosotros la existencia de ese hombre y sus hechos prodigiosos para que los veamos con evidencia; y con evidencia vemos que existió, y que hizo milagros, y que con ellos probó que era enviado de Dios. De lo cual inferimos que la religion que estableció era verdadera y divina, y que él merece ser creído en lo que dice de Dios, en cuyo nombre hizo milagros.

¿O dirémos que Moisés, en nombre de quien vengo hablando, se engañó así mismo en lo que escribió?

No, pues los milagros que refiere, los refiere como hechos públicos, perceptibles por los sentidos de todos, hechos personales de él mismo, por cuyo ministerio los obraba Dios; y si Moisés se engañaba así mismo, refiriendo cosas tan grandes, las cuales en verdad no habian pasado, estaba demente. Y la doctrina, y las leyes que al mismo tiempo escribió no son de un demente, sino de varon prudentísimo y sapientísimo.

¿O dirémos que Moisés escribió su libro como un impostor con el fin de engañar?

No, porque todos los distintivos de un hombre sincero se ven en él: probidad, piedad, doctrina sublime, preceptos santos, leyes sapientísimas, el mas completo olvido de sí mismo, y de todo lo que podia ser de esplendor ó provecho para sus hijos, y sin mas fin en todo lo.

que hizo que el bien de aquella nacion. Luego Moisés no fué un impostor, no engañó. ¿Ni cómo habia de engañar, refiriendo no una sino muchas veces hechos públicos, y suponiendo que acababan de pasar á la vista de todos? Que las aguas de los rios y de las fuentes habian sido convertidas en sangre: que las tinieblas por muchos dias habian obscurecido la tierra de Egipto: que el mar se habia dividido para que á pie enjuto pasáran los Israelitas: que el maná les habia llovido por espacio de cuarenta años: que la agua habia manado de una piedra con solo herirla Moisés con su báculo: que la ley habia sido dada por Dios en el monte Siná entre relámpagos y truenos y á presencia de toda la multitud; si nada de esto habia pasado, ¿cómo el libro que lo refiere era tenido por los Judios en tanta veneracion? Si todas éstas cosas no eran mas que fábulas, ¿cómo no las desmentian, y mas cuando Moisés en el mismo libro les echa en cara á los Israelitas todas sus impiedades? Luego Moisés no fué un impostor, no engañó.

El arca, que por orden suya se construyó en el desierto, la vara de Aaron, las tablas de la ley, el vaso de maná, la serpiente de bronce, eran monumentos preciosos que guardaba aquella nacion con una especie de culto religioso, y con estos monumentos iba junta la creencia de ciertos hechos, y celebraba con sumo honor tres grandes solemnidades, la Pascua en memoria de su salida de Egipto, Pentecostés por la ley que Dios les dió en el monte Siná, y la fiesta de los Tabernáculos para que nunca se olvidara la mansion que sus padres habian hecho en el desierto viviendo bajo de tiendas ó tabernáculos, cuando Dios los libertó de la esclavitud de Faraon. ¿Y de dónde provenian tan firmes creencias, si nada habia habido de los acontecimientos que se suponen, ni es verdad lo que se lee en el libro del Pentatéuco? Luego los acontecimientos ó hechos se verificaron como

están escritos. Luego el Pentatéuco habla verdad, luego Moisés fué enviado de Dios, y la religion que estableció era verdadera y divina. Cerrar los ojos á luz tan clara, fuera reducirse á la estupidez y no pensar. Y si Moisés fué enviado de Dios, era verdadera y divina la religion que estableció, el Mesias prometido en esa ley es nuestro Señor Jesucristo, puesto que en nuestro Señor Jesucristo se vieron todas las cosas que Moisés y los Profetas escribieron de él, para que se le conociera, como lo demostráremos mas adelante. Y si nuestro Señor Jesucristo es el Mesias prometido en la ley de Moisés y anunciado por los Profetas, es necesario creer cuanto nos reveló: el Misterio de Dios Trino y Uno, el de la Encarnacion, el de la Eucaristía, el de la Redencion, la Resurreccion de los muertos, el Juicio Universal, los premios y castigos eternos y todo lo demás. Este modo de discurrir fundado en la verdad innegable de acontecimientos ó hechos, hace ver, que nada es mas racional que someter nuestro entendimiento y voluntad á las verdades de la fé por incomprensibles que sean.

Los espíritus obstinados toman el partido de no pensar en esto por no creer, y solo dicen: „yo no lo comprendo.“

Eso quiere decir que en los misterios hay obscuridad, les decimos nosotros. Creed, y vereis cuanto alumbra la misma razon natural; á la obscuridad de los misterios opone la evidencia de la revelacion. Hechos indudables prueban que Dios habló á los hombres y que la revelacion es obra suya. ¿Se puede pedir mas para creer?

Pero yo lo concibo de otra manera, dice el que no cree con la fé pura de la Iglesia católica.

Eso quiere decir que juzgas segun tu espíritu privado, y no segun el sentir infalible de la Iglesia. Dí mas bien; el Hijo de Dios prometió á su Iglesia que estaria con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos, estoy seguro pues creyendo lo que la Iglesia cree,

porque es imposible que ella se engañe asistida por el Señor.

Yo nada creo, dicen los que abiertamente han renunciado á la fé.

Oid, les decimos nosotros, si teneis juicio recto, la misma razon natural os traerá como por la mano desde vuestra ciega incredulidad, hasta la Iglesia católica, apostólica, romana. Ved cómo: el hombre es inteligente y libre. Verdad muy clara, que no podeis negar. Luego las acciones del hombre se han de dirigir á un fin que sea digno de él, digno de un ser dotado de tan noble naturaleza. Luego las acciones del hombre han de ser buenas, porque solo las acciones buenas pueden ser dignas de un ser inteligente y libre. Luego el hombre ha de tener moral, esto es, reglas que determinen las buenas y las malas acciones: y para tener moral, ha de tener religion, porque la religion prescribe la moral, y declara que hay premios establecidos por Dios para las buenas acciones, y castigos para las malas. Sin esta sancion la moral seria ociosa. Inclinado el hombre á lo malo, solo el miedo de los castigos de un Dios lo puede hacer obrar el bien. Verdades son estas tan claras como aquella: el hombre es inteligente y libre. Pues vednos ya, admitidas estas verdades, en la creencia de un Dios, y de una religion, y de la diferencia esencial que hay entre lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio.

Sigamos adelante. Dios no ha de ser burlado; y lo seria si los perversos no fueran castigados en la otra vida, pues que generalmente hablando no lo son en esta. Verdades igualmente claras que las anteriores. Pues bien, vednos ya en la creencia de una vida perdurable, gloria ó infierno.

Continuemos. Si Dios es justo, ha de decir á los hombres que es lo que quiere de ellos para que le agraden, y alcancen sus premios; y que es lo que abor-

rece para que no se hagan reos de sus castigos. Luego les ha de hablar ó por sí mismo ó por el ministerio de alguno. Si Dios es justo, como necesariamente lo es, á sí debe ser. Pues bien, vednos ya en la creencia de que hay una religion revelada, como queda ya probado con hechos de que no se puede dudar. Dios habló á los hombres diciéndoles cuales son los Mandamientos que han de guardar, y revelándoles los misterios que deben creer. El primero de esos misterios nos propone un Redentor Divino, el cual segun todas las señas que dieron los Profetas que con anticipacion de muchos siglos lo anunciaron, ya vino, y es Jesus el Hijo de Maria, Jesus Nazareno que se llama el Cristo. Todo esto es innegable. Pues bien vednos ya en el cristianismo.

Un paso no mas nos falta. De la Iglesia, ó sociedad de los pueblos que abrazaron el cristianismo, salieron varias sociedades, cada una con el nombre de Iglesia; pero con otras creencias y con otros pastores; y como con otras creencias y no con las que fué establecido el cristianismo, y con otro género de pastores, y no con los que sucedieron á los primeros, no se le puede agradar al Redentor Divino que fundó el cristianismo, pues él dijo: „el que no creyere se condenará, el que no oyere á la Iglesia, esto es, á los pastores, sea tenido por un gentil,” claro es, que solo en la Iglesia que profesa la fé íntegra y pura con que fué establecida por el Redentor Divino, y se gobierna por los pastores que suceden á los que él dejó, puede haber salvacion. Pues esta Iglesia es la católica, apostólica, romana. Estamos ya en el catolicismo. ¿Y no es la razon la que partiendo de aquella verdad muy clara, el hombre es inteligente y libre nos ha traído hasta este punto? Por todo esto ya se vé que el primer carácter de la fé es ser racional. Mas nadie se figure por esto que ella puede ser el efecto de argumentos humanos.

CAPÍTULO III.

LA FÉ VIENE DE DIOS.

Nuestro libre albedrío no basta para creer de una manera que nuestra creencia nos merezca la salvación. La fé es un *Don* gratuito de la bondad de Dios, *Don* que nosotros no hemos merecido, y del que ninguna obra buena de nuestra parte hubiera sido capaz de hacernos dignos. El Señor lo dijo con estas palabras: „Nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trae: solo aquel que ha escuchado al Padre, y ha aprendido de él quién soy yo, viene á mí y cree en mí.”¹ Luego nadie puede tener fé si Dios no le enseña lo que ha de creer, si no lo ilumina en el fondo de su corazón con una luz interior y espiritual, si no lo instruye hablándole allá en lo íntimo de su alma, si no lo atrae con el placer inesplicable con que siempre atrae, si no lo persuade de las verdades divinas que debe creer.

Esto no obstante, ayudados de la gracia cooperamos á la fé, siendo dóciles á las verdades que enseña, y creyéndolas de buena voluntad. En la fé hay dos cosas que considerar, una de parte de Dios, y otra de parte de nosotros. En primer lugar, Dios iluminándonos nos prepara para creer; en segundo lugar, nosotros iluminados por Dios asentimos á lo que enseña la fé y creemos; pero de tal manera asentimos y creemos, que si no estuviéramos prevenidos, y escitados, y ayudados de la gracia, no creyéramos. Con lo cual nuestra fé es nuestra y viene de Dios: viene de Dios en términos que nadie puede tener fé, ni el principio de la fé, ni prorrumpir en un ac-

¹ Joann. cap. 5, vv. 44. 45.

to de fé sin la gracia de Dios. Para nada de esto bastan las fuerzas naturales; se requieren las sobrenaturales que vienen de Dios. Percibir las verdades reveladas que predicán, es natural, sentir el peso de las razones que hay para que sean creídas, también es natural, y son cosas que anteceden á la fé, no son la misma fé. La fé no es un discurso, sino una mera adhesión á las verdades de Dios. El acto con que nuestro entendimiento movido de nuestra voluntad se adhiere á las verdades de Dios, solo por la autoridad de Dios, es lo que se llama acto de fé, acto que nos conduce á Dios conociéndolo de una manera sobrenatural, acto que nos prepara para que recibamos la justificación, acto superior á todas nuestras fuerzas naturales, meritorio, fundamento de todo mérito, y principio de nuestra salvación.

Es verdad que con fé natural, que es aquella que se funda en el conocimiento de los hechos, también se pueden creer las verdades que enseña la revelación; mas esta fé natural no basta para que merezcamos la salvación, es necesaria la fé sobrenatural y divina, que es la que descansa únicamente en la veracidad de Dios, y esta fé siempre es fruto de la gracia celestial, y todos estamos obligados á creer con esta fé aun las verdades que son natural y evidentemente creíbles. Dios á nadie niega esta fé. A todos nos llama, y llamándonos nos aguarda, porque no quiere hacer violencia á nuestra libertad; y si nosotros cedemos á su llamamiento, entonces nos inspira la virtud de la fé, y nos dá auxilios para que la conservemos. De esta manera la fé divina y sobrenatural es nuestra y viene de Dios. Lo mismo debe decirse de todas nuestras demás buenas obras que miran á nuestra salvación, son nuestras y vienen de Dios.

Infundiendo Dios en nuestras almas la virtud de la fé para que creamos y conozcamos las verdades divinas que nos revela, nos hace ciertos y seguros de que él las

revela y testifica; y esta certidumbre y seguridad es mayor que la que dá el testimonio de los hombres, ó el testimonio de los sentidos, ó el de la razon. Nunca podemos estar mas ciertos y seguros de una verdad, que cuando sabemos que Dios la dice. La veracidad de Dios dá mas certidumbre que toda evidencia humana; y el convencimiento que nace de esa certidumbre es tan firme que sacrifica su vida en los tormentos el cristiano fiel, ántes que negar lo que aprendió de la fé. Ella enseña que en Dios hay tres Personas, y una sola substancia ó naturaleza; y nosotros tenemos de esto mas certeza y seguridad, que si lo viéramos con nuestros ojos. Enseña la fé que Dios crió al mundo; y aunque sacar las cosas de la nada (que es lo que quiere decir criar) no lo concibe nuestro entendimiento, la fé, dándonos una idea digna de la grandeza y poder de Dios, que sin valerse de ningún instrumento, y sin que hubiera materia alguna preexistente, y sin mas que decir *SEA HECHO*, dió el ser al cielo y á la tierra, la fé, repito, llena á nuestra alma de firmeza y seguridad para creer que Dios es Criador. Con esta firmeza y seguridad el que tiene fé cree sin haber visto lo que cree, y lo cree sobre la palabra de la verdad eterna; lo cree porque Dios se lo ha revelado, no inmediatamente por sí mismo, sino por el ministerio de aquellos á quienes ha revestido de su autoridad divina. Con esta firmeza y seguridad el que tiene fé abraza las cosas que Dios ha revelado, aunque sean incomprensibles, pone en cautiverio su entendimiento, esto es, reprime su curiosidad y deseo de saber lo que en esta vida no se puede saber. Estoy cierto, sé, dice el entendimiento del hombre fiel, que Dios puede hacer lo que no puedo comprender: tengo por verdadero lo que no veo, pero que Dios lo ha revelado; lo creo pues tanto quanto excede mi capacidad. Y con esta fé comienza la práctica pura y verdadera de la religion cristiana. Esta fé es un ascenso pleno,

entero, independiente de todo exámen, ascenso dado á la palabra de Dios y fundado en la certidumbre de que la palabra de Dios es verdadera, porque Dios es quien la ha dicho. Esta fé es de todo el entendimiento y de toda la voluntad, porque el creer es acto del entendimiento, y como nuestro entendimiento para creer las verdades altísimas de la religion no tiene evidencia, sino dificultad porque las cosas que ha de creer son oscuras é incomprensibles, es necesario que nuestra voluntad le mande que crea. Cree nuestro entendimiento por este mandato de nuestra voluntad; y con esto la fé viene á ser de todo nuestro entendimiento y de toda nuestra voluntad, y es un acto libre, meritorio y santo, que puede ser mas ó menos perfecto, porque los actos libres pueden recibir mas ó menos grados de moralidad y perfeccionarse mas y mas. Puede por consiguiente la fé no ser igual en diversos individuos, ó en un mismo individuo tambien en diversos tiempos. Pero siempre su firmeza para creer es la que le conviene, quiero decir, superior á la firmeza con que creemos las cosas que vemos.

Cuando Dios nos hace escuchar su voz, cuando el Padre celestial nos mueve con la dulzura con que siempre mueve, y nos ilumina con su luz divina, nuestro convencimiento de ser verdad lo que ha revelado y que no vemos, es perfecto, nuestra persuacion de las cosas que se esperan porque Dios las ha prometido, y que tampoco vemos, es firmísima, y nuestra sumision á la palabra de Dios es tanta, que aunque nuestra razon naturalmente resiste creer lo que ella no concibe, ni perciben nuestros sentidos, esa resistencia de nuestra razon no nos turba; al contrario, la razon resiste; y la fé nos somete mas y mas á la palabra de Dios: la razon combate, y la fé nos hace mas y mas firmes en la palabra de Dios: se levantan tentaciones contra los misterios, y nada nos conmueve. Tal es la certidumbre y seguridad que nos dá la

fé infundida por Dios. También dá claridad. Aun que sea obscuro lo que se manda creer, de suerte que nuestra inteligencia no pueda percibirlo, ni explicarlo, como el misterio de la Trinidad, ó la presencia real y verdadera del Señor en la Eucaristía, la fé derrama claridad, no sobre el objeto que manda creer, sino sobre la existencia de ese objeto. Y si la existencia del objeto que se manda creer es naturalmente clara para nuestro entendimiento, de suerte que bien pueda percibirla y explicarla, como la existencia de Dios, otra es la claridad de la fé respecto de esos objetos naturalmente claros, es la claridad divina que está puesta en la veracidad de Dios que los revela y testifica.

CAPÍTULO IV.

LA FÉ NOS HACE AGRADABLES Á DIOS.

Por último, diré de la fé que ella nos hace agradables á Dios, y nos acerca á él, y es el principio de nuestros merecimientos, y causa nuestra justificacion y salvacion.

Por las buenas obras hechas sin esta virtud divina nadie merece, ni se justifica, ni se salva. Merecemos, y nos justificamos, y nos salvamos por las buenas obras hechas por la fé y teniendo fé. Sin ella, toda virtud no es mas que un simulacro de virtud, toda buena obra no es mas que un nombre vano, una sombra de buena obra, porque para la gloria de Dios nada hay en las buenas obras hechas sin fé, y sí en las que son hechas en la fé y por la fé. Lo heroico de las buenas obras está en la fé, porque ella glorifica á Dios. Glorifica á su Omnipotencia, porque descubre á nuestros ojos obras superiores á las que nos presenta el orden de la naturaleza: glorifica á su Sabiduría y á su soberana autoridad, porque

les rinde los homenajes debidos con creer lo que su palabra dice, aun que sean misterios infinitamente superiores á la inteligencia humana, y nada conformes con lo que testifican los sentidos de todos los hombres. El que tiene fé glorifica á Dios, porque no escucha mas que á Dios, y cree lo que es increíble, y no duda ser verdad lo que dice Dios. El que tiene fé glorifica á la Magestad infinita de Dios porque creyendo sobre su palabra, por mas que la razon grite „no lo comprendo,” le testifica á Dios que tiene de él, ideas dignas y proporcionadas á su grandeza. Sometiendo nuestro entendimiento y nuestra voluntad á la palabra de Dios, le damos grande gloria. Esta gloria está en que nos manifestamos plenamente persuadidos de que es Omnipotente para cumplir sus promesas, y que en las cosas que nos descubre de su naturaleza divina, no puede engañarse ni engañarnos. Sometiéndonos sin exámen á la palabra de Dios, le damos grande gloria. Esta gloria está en no pretender escudriñar, ni querer comprender los misterios divinos, y los juicios secretos de Dios que adoramos en silencio. Esta gloria está en que sentimos en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad una adhesion profunda á la palabra de Dios, adhesion mas conveniente y persuasiva que cualquiera demostracion de razonamiento humano, pues que no hay razonamiento humano que sea capaz de perturbar esa adhesion profunda. Esta gloria está en que nos humillamos ante la sublime obscuridad de aquellas cosas santas que Dios ha querido cubrir con el velo del misterio, y adoramos su Omnipotencia, y recibimos las inspiraciones de los sentimientos mas dignos que se pueden recibir del *Soberano Ser de Dios*; y somos vasos ricos, nobles y agradables al Señor. Así le damos grande gloria por la fé. En la Iglesia del Señor, dice San Pablo, hay como toda casa grande vasos de oro y de plata, que son vasos de honor para usos desentes, así como

tambien hay vasos de madera y de barro para usos viles y bajos.¹ Los que conservamos la fé somos de honor, vasos santificados, propios para el servicio del Señor, y preparados para toda suerte de buenas obras. No así los que han renunciado á la fé, esos son vasos de menosprecio, vasos viles y bajos, vasos de contumelia, vasos destinados á ser víctima de la ira de Dios.

Y nos acerca á Dios la virtud de la fé, y es la causa de nuestra justificacion y salvacion. Nos acerca á Dios, porque creemos que existe Dios, y que su Providencia se extiende á todo, y que es Remunerador de los que lo buscan, que tiene premios para ellos, así como tambien tiene castigos para los que desprecian su ley; y que es *Uno en la esencia y Trino en las Personas*: y que el Hijo de Dios se hizo hombre, creyendo estas verdades damos el primer paso hácia Dios.

Y es la causa de nuestra justificacion y salvacion la virtud de la fé. Dios ordenó que todo el que creyera en él, y en el Redentor nuestro Señor Jesucristo, volviera á su gracia perdida por el pecado original. Dios sapientísimamente ordenó que todo el que cree lo que la fé manda creer, y practica lo que la fé manda practicar, tenga la justicia y la vida del alma, la vida de la gracia de Dios en este mundo, y la vida de la gloria en la eternidad. La fé es absolutamente necesaria para la justificacion. De la fé nace la justificacion; y crece y se aumenta con una mas grande fé, con aquella fé que escita á hacer nuevas y mas grandes buenas obras. Porque no basta el que creamos solo en nuestro corazon, sino que es necesario confesar con la boca á nuestro Señor Jesucristo y hacer buenas obras. La fé del corazon honra á Dios interiormente: la confesion que se hace de su Santo Nombre, publicando con la boca y las buenas obras

1. Thimot. cap. 2, vv. 20. 21.

esa fé del corazon lo honra exteriormente; y como á Dios se le debe honrar interior y exteriormente, no solo le debemos creer en nuestro corazon, sino ademas manifestar con nuestras buenas obras y palabras esa fé que tenemos en nuestro corazon. La fé del corazon vale y es necesaria para alcanzar la justicia; y la confesion de la fé que se hace con la boca y las buenas obras vale y es necesaria para conservar y aumentar la justicia, y merecer y conseguir la salvacion. Creyendo con fé viva que prorrumpe en buenas obras, serémos salvos. Invocando el Nombre del Señor no serémos confundidos, no verémos frustradas nuestra fé y nuestra esperanza; al contrario, verémos enteramente conseguidas nuestra justificacion y salvacion. Invocar el Nombre del Señor es pedir la salvacion á aquel cuyo Nombre es Señor; y á esta invocacion pertenecen todas las oraciones con que le pedimos á Dios por nuestro Señor Jesucristo su Hijo, el perdon de nuestros pecados, su gracia, su justicia, y la victoria en las tentaciones; y la perseverancia y la vida eterna. Gloria y ensalzamiento nos traerá nuestra fé animada de la caridad. Creyendo de corazon, y confesando con nuestra boca y nuestros buenas obras, que el Hijo de Dios por nosotros descendió del cielo, encarnó, murió, y resucitó, serémos justificados y salvos: serémos libres en este mundo de todo pecado, mediante la justificacion, y libres en el otro de toda miseria, viviendo eternamente en la gloria. Así nuestra Santísima fé nos hace agradables y nos acerca á Dios, y es el principio de nuestros merecimientos y causa de nuestra justificacion y salvacion.

Y ved aqui que esta es la vida del justo: Fé, Esperanza y Caridad. Ved aqui todos los deberes de la religion comprendidos en estos dos puntos: *creer de corazon*, y confesar esa fé con la boca y con las buenas obras. Esta es la religion: fé confirmada con obras.

En la fé plena y activa que cree y hace buenas obras

está la religion cristiana sin la cual, es imposible agradecer á Dios, la religion que nos une á Dios, la religion Santa en la que le damos á Dios el culto debido, y recibimos de él las gracias que necesitamos. Ved aquí todo el plan de Dios para hacernos eternamente felices: se nos manifiesta por medio de la fé: y nos abre la entrada á la gracia de la justificacion y perdon de nuestros pecados por medio de la misma fé: y nosotros con la misma fé divina, fé viva y obediente, en la cual está toda el alma de la religion, elevámos nuestros pensamientos para gloriarnos en la esperanza de participar algun dia de la gloria de hijos de Dios: y Dios, en permaneciendo nosotros firmes, nos saca de este mundo, y nos dá la posesion de los bienes eternos, prometidos á los que guardan su ley. La fé es la base de toda la economia establecida por Dios para que obrémos nuestra salvacion; el que tiene fé, vé delante de sí una antorcha, una luz divina que lo alumbrá hasta descubrirle la eternidad. esto es, hasta descubrirle los premios y castigos de otra vida que hay, la cual no acabará jamás.

Al lado de esa antorcha divina está la esperanza de alcanzar algun dia esos premios eternos; porque la Fé nos dice que Dios es Misericordioso, y en su misericordia esperamos que nos ha de hacer participantes de los premios eternos: y está tambien al otro lado de esa antorcha divina la caridad, esto es, el amor de Dios, para el cual están reservados esos premios eternos, porque si esperámos que la Misericordia de Dios nos ha de hacer participantes de los premios eternos, ha de ser por nuestro amor á Dios, pues que la fé nos dice que para ese amor de Dios están reservados los premios eternos.

Con la esperanza se vé junta la Iglesia con sus Pastores y Sacramentos, por que fuera de la Iglesia, sin someterse á sus Pastores, y sin participar de los Sacramentos no hay esperanza de salvacion.

Con la caridad van juntos los Mandamientos de la ley de Dios, porque el Señor, dijo: "*Si me amais guarda mis Mandamientos.*"

Y creyendo lo que enseña la fé, esperando en la misericordia de Dios que nos ha de hacer participantes de los premios eternos, amando á Dios, guardando sus Mandamientos, estando unidos á los Pastores puestos por Dios, y participando de los Sacramentos establecidos por Dios en su Iglesia para darnos por medio de ellos la gracia y la vida sobrenatural del alma, ¿qué falta para nuestra salvacion?

Nada mas que poseerla. Luego la fé es la base de toda la economia establecida por Dios para que obrémos nuestra salvacion.

Niños, jóvenes, ancianos, á todos hablo; no renunciéis á la fé, no apagueis para vosotros esta luz divina, porque vuestra alma se quedará á oscuras: lo que la fé muestra con claridad y seguridad á los que creen, son sueños y delirios para los que no creen. Luego si renunciáis á la fé, vuestra alma se quedará á oscuras.

No renunciéis á la fé, porque sin fé no perteneceris al grémio de la Iglesia, ni participareis de sus Sacramentos; y no perteneciendo al grémio de la Iglesia ni participando de sus Sacramentos, no hay esperanza de salvacion.

No renunciéis á la fé, porque sin fé mal podreis amar á Dios en quien no creis, mal podreis amar al prójimo por Dios, y sin amor de Dios y del prójimo no hay mas que pecado, y los que viven y mueren en el pecado no pueden alcanzar salvacion. ¡Dichosos, pues, los que recibimos y conservamos esa virtud que nos hace agradables á Dios, esa sabiduría del cielo, esa verdad de Dios, que nos dá gozo, seguridad y firmeza para creer en Dios! ¡Dichosos los que tenemos fé, que es principio de nuestra salvacion, raiz de nuestra justificacion,

base de toda la economía establecida por Dios para darnos la vida eterna, luz de Dios que brilla en nuestros corazones para guiarnos en medio de las tinieblas, en que nuestras almas se encuentran en este mundo para llevarnos á nuestro fin último que es la gloria! ¡Dichosos los que pertenecemos á una sociedad Santa que con el nombre de ley de Gracia sube hasta los Apóstoles, y con el de ley Escrita sube hasta Moisés, y con el de ley Natural sube desde Moisés, hasta Abrahán, hasta Noé, hasta Adán que fué el primer hombre criado por Dios: el incrédulo no pertenece á cuerpo alguno; los errores, fábulas y mentiras no forman cuerpo. El incrédulo vive en el aislamiento, pequeñez y debilidad de los que están solos en medio del mundo y de los siglos! ¡Dichosos mil veces los que con fé íntegra, pura y verdadera decimos: „CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CRIADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA, Y EN JESUCRISTO SU UNICO HIJO.....” y lo demás que consta en el Símbolo de los Apóstoles.

Los que así creemos experimentamos un gozo inefable lleno de gloria, testificándonos interiormente el Espíritu Santo que alcanzaremos el fin de nuestra fé, y la salvación de nuestras almas. *Credentes autem exultabitis latitiam inenarrabili, et glorificata: reportantes finem fidei vestrae, salutem animarum.*¹

CAPITULO V.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

La íntima persuasión de que hay Dios, es un Don natural de nuestra alma. La ley que llevamos escrita en nuestro corazón, ley que nos enseña lo que es lícito y lo que es prohibido, lo que es bueno y lo que es malo, lo

1 1. Petr. 1. 8. 9.

que es justo y lo que es injusto, lo que es laudable y lo que merece pena y condenación, confirma ese convencimiento interior de que hay Dios. El testimonio de nuestra conciencia que aprueba ó condena nuestras acciones, según que están ó no conformes con la ley que llevamos escrita en nuestro corazón, lo confirma también; y en el conocimiento de los atributos de Dios, como su Bondad, su Sabiduría, su Poder, su Justicia y toda la contemplación de las criaturas en tanto grado, que son inescusables los que desconocen á Dios.¹ Para todo el que use bien de su razón y atiende lo que le testimonia su sentimiento íntimo, es cierto, pues con una certidumbre natural que existe Dios. Para el que lo cree con fé divina es cierto con una certidumbre sobrenatural que viene de la misma fé, certidumbre que dá mas seguridad que toda evidencia humana. Con esta certidumbre que da la gracia de la fé decimos en el Símbolo de los Apóstoles: CREO EN DIOS.

¿Y quién es Dios? La razón natural dice el Ser Supremo: y la fé, que es la Sabiduría del Cielo, dice: Dios es el Excelso y el Sublime que mora en la eternidad, y Santo es el nombre del que habita en las alturas.² Así está escrito en Isaías. „Vé en el cielo un Templo, y al Señor sentado sobre un trono sublime y elevado. Los Serafines estaban al rededor del Señor, y cantaban Santo, Santo, Santo, Señor Dios; y se cubrían sus rostros para mostrar su profundísima reverencia á la Divinidad.”

Esto se lee también en Isaías.³ „Dios es el que hizo el cielo y la tierra, el que es fuerte, grande y poderoso, cuyos ojos están abiertos sobre todas las acciones de los hijos de Adán, para retribuir á cada uno según

1 Rom. 1. 20. 2. 6. 15. —2 Isaí. 57. 15. —3 Isaí. 6. 1. 2. 3.